

READING PLAN

Chapter: 3

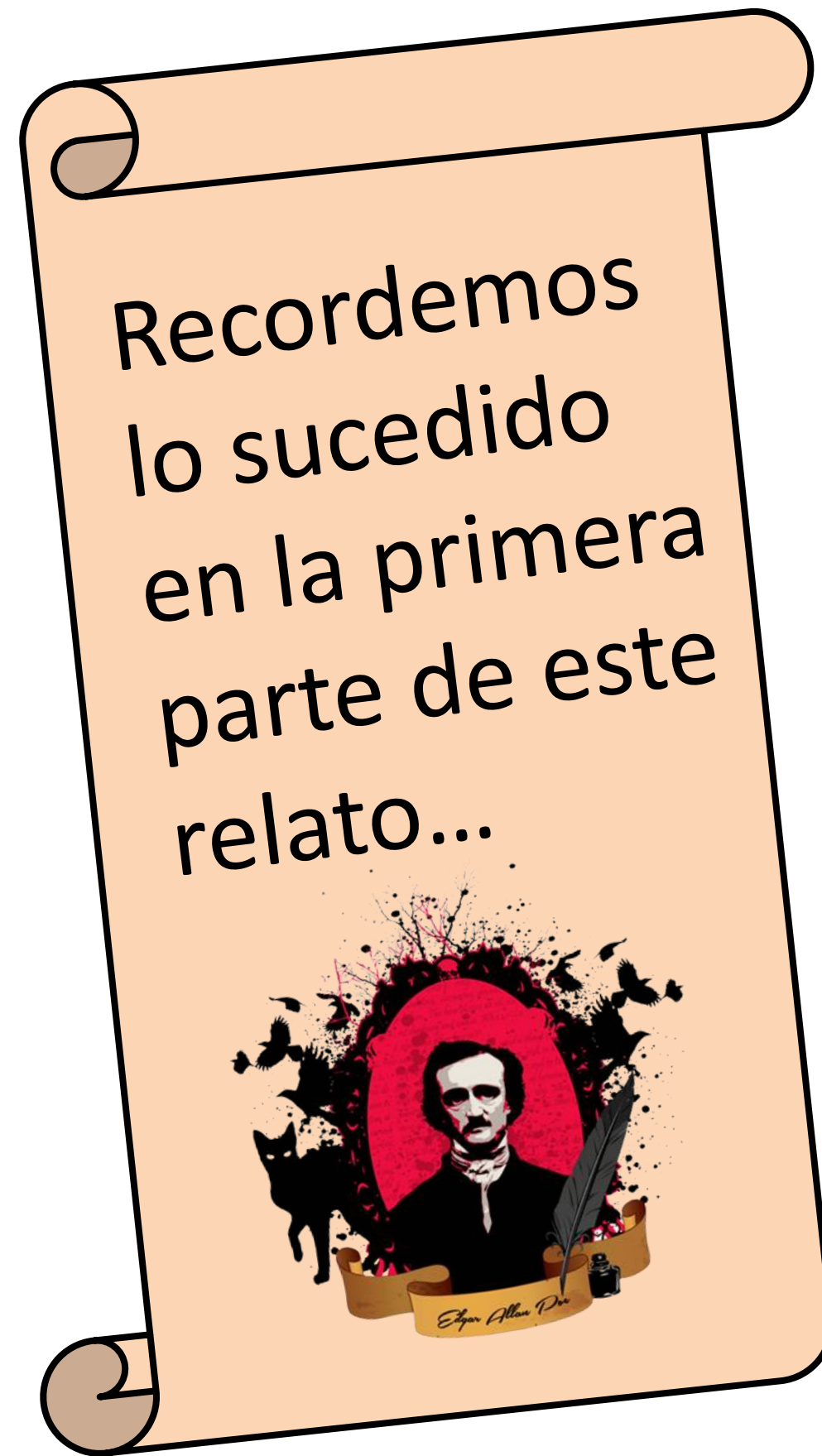
3th

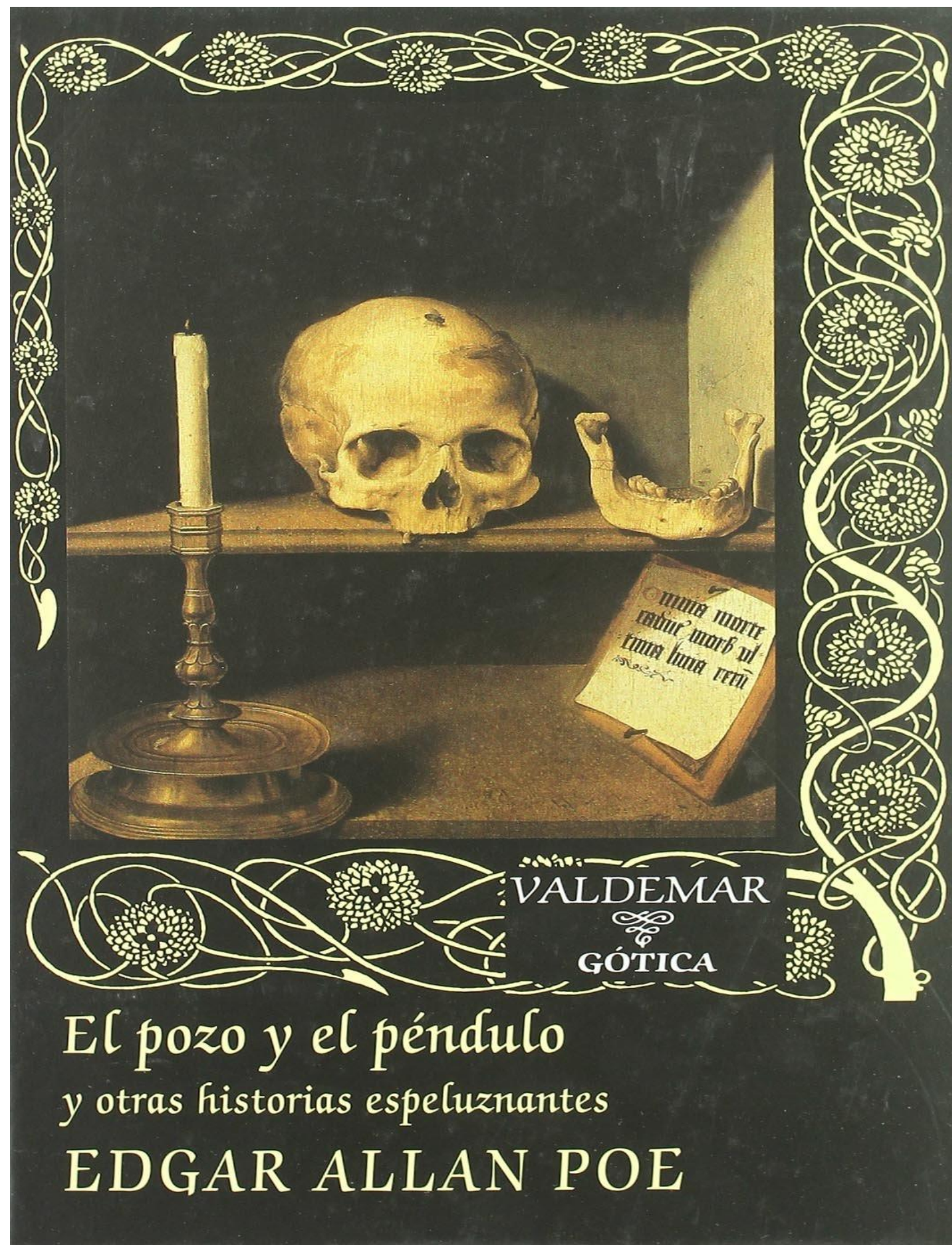
SECONDARY

EL POZO Y EL PÉNDULO II



 **SACO OLIVEROS**

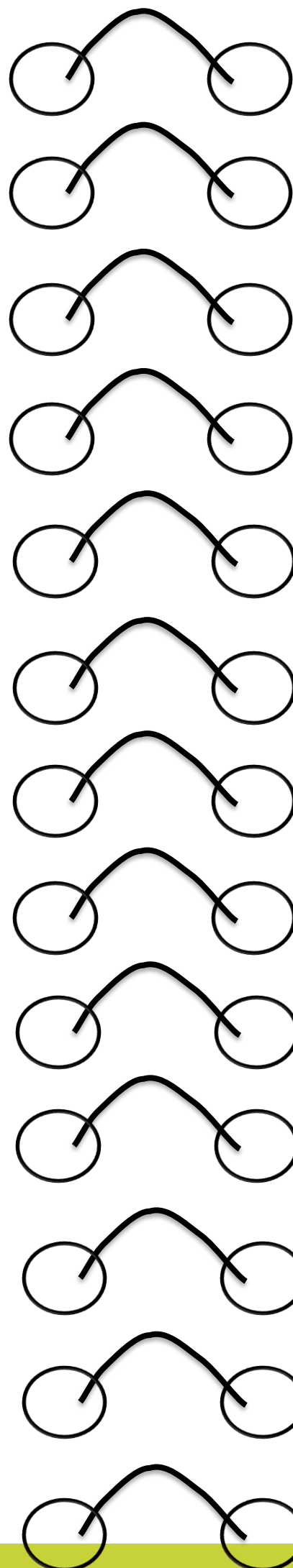




TÉCNICAS DE LECTURA

Lectura puntual:

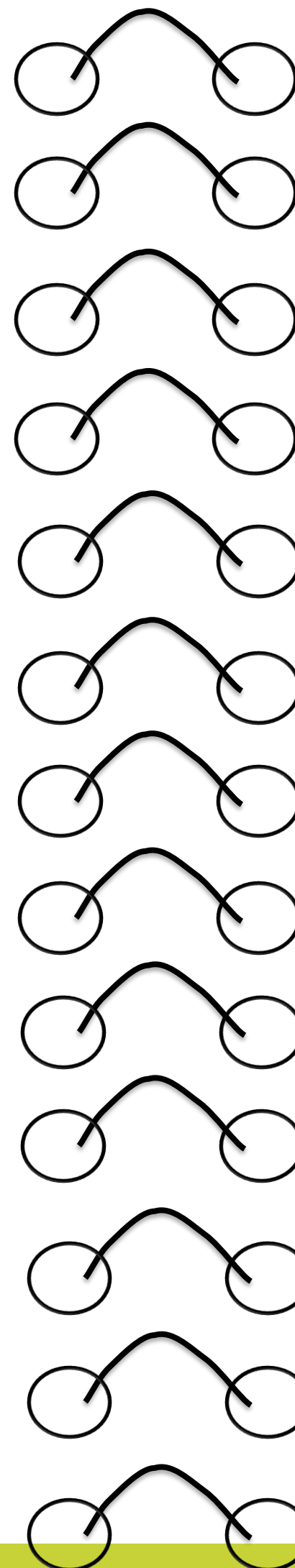
Es aquella a través de la cual el lector llega a aquello que le interesa. Al leer un texto puntual, el lector solamente lee los pasajes que le interesan. Esta técnica sirve para absorber mucha información en poco tiempo. _



Estremeciéndome de pies a cabeza, me arrastré hasta volver a tocar la pared, resuelto a morir allí antes que arriesgarme otra vez a los horrores de los pozos —De haber tenido otro estado de ánimo, tal vez hubiera tenido el valor para acabar de una vez con mis desgracias precipitándome en uno de esos abismos; pero había llegado a convertirme en el peor de los cobardes.

La agitación de mi espíritu me mantuvo despierto durante largas horas, pero finalmente acabé por adormecerme. Cuando desperté, otra vez había a mi lado un pan y un cántaro de agua. El agua debía contener alguna droga. Un profundo sueño cayó sobre mí, un sueño como el de la muerte. No sé, en verdad, cuánto duró, pero cuando volví a abrir los ojos los objetos que me rodeaban eran visibles. Gracias a un resplandor sulfuroso, pude contemplar la extensión y el aspecto de mi cárcel.

Vi todo sin mucho detalle y con gran trabajo, pues mi situación había cambiado grandemente en el transcurso de mi letargo. Yacía ahora de espaldas, completamente estirado, sobre una especie de armazón de madera. Estaba firmemente amarrado por una larga banda que parecía un cordón. Pasaba, dando muchas vueltas, por mis miembros y mi cuerpo, dejándome solamente en libertad la cabeza y el brazo derecho, que con gran trabajo podía extender hasta los alimentos, colocados en un plato de barro a mi alcance. Para mayor espanto, vi que se habían llevado el cántaro de agua. Y digo espanto porque la más insoportable sed me consumía. Por lo visto, la intención de mis torturadores era estimular esa sed, pues la comida del plato consistía en carne sumamente condimentada.



Mirando hacia arriba observé el techo de mi prisión. Tendría unos treinta o cuarenta pies de alto, en uno de sus paneles aparecía una extraña figura que se apoderó por completo de mi atención. La pintura representaba al Tiempo tal como se lo suele figurar, salvo que, en vez de guadaña, tenía lo que me pareció la pintura de un pesado péndulo, semejante a los que vemos en los relojes antiguos. Algo, sin embargo, en la apariencia de aquella imagen me movió a observarla con más detalle. Mientras la miraba directamente de abajo hacia arriba (pues se encontraba situada exactamente sobre mí) tuve la impresión de que se movía. Un segundo después esta impresión se confirmó. El balanceo del péndulo era breve y, naturalmente, lenta. Lo observé durante un rato con más perplejidad que temor. Cansado, al fin, de contemplar su monótono movimiento, volví los ojos a los restantes objetos de la celda.

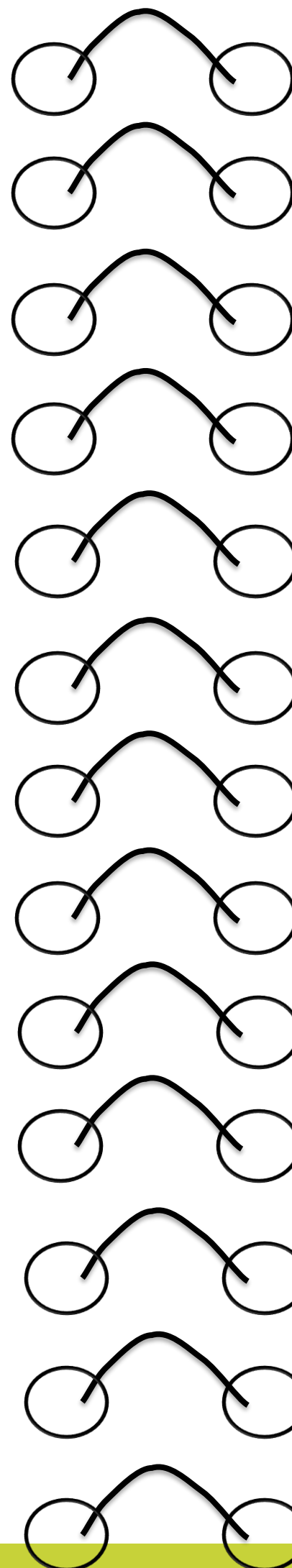
Un ligero ruido atrajo mi atención y, mirando hacia el piso, vi cruzar varias enormes ratas. Habían salido del pozo, que se hallaba al alcance de mi vista sobre la derecha. Aún entonces, mientras las miraba, siguieron saliendo en cantidades, presurosas y con ojos hambrientos atraídas por el olor de la carne. Me dio mucho trabajo ahuyentarlas del plato de comida.

Habría pasado una media hora, quizá una hora entera, antes de volver a fijar los ojos en lo alto. Lo que entonces vi me confundió. La carrera del péndulo había aumentado, aproximadamente, en una yarda. Como consecuencia natural, su velocidad era mucho más grande. Pero lo que me perturbó fue la idea de que el péndulo había descendido perceptiblemente. Noté ahora que su extremidad inferior estaba constituida por una media luna de reluciente acero, cuyo largo de punta a punta alcanzaba a un pie. Aunque afilado como una navaja, el péndulo parecía macizo y pesado, y desde el filo se iba ensanchando hasta rematar en una

ancha y sólida masa. Hallábase fijo a una pesada barra de bronce y todo el mecanismo silbaba al balancearse en el aire. ¿De qué vale hablar de las largas, largas horas de un horror más que mortal, durante las cuales conté las zumbantes oscilaciones del péndulo? Pasaron días antes de que oscilara tan cerca de mí que parecía abanicarme con su acre aliento. Supliqué, fatigando al cielo con mis ruegos, para que el péndulo descendiera más velozmente. Me volví loco, me exasperé e hice todo lo posible por enderezarme y quedar en el camino del horrible filo acerado. Y después caí en una repentina calma y me mantuve inmóvil, sonriendo a aquella brillante muerte como un niño a un bonito juguete.



El balanceo del péndulo se cumplía en ángulo recto con mi cuerpo extendido. Vi que la media luna estaba orientada para cruzar la zona del corazón. Bajaba... seguía bajando suavemente. Sentí un frenético placer en comparar su velocidad lateral con la del descenso. A la derecha... a la izquierda... hacia los lados, con el aullido de un espíritu maldito... hacia mi corazón. Bajaba... ¡Seguro, incansable, bajaba! Ya pasaba vibrando a tres pulgadas de mi pecho. Luché con violencia, furiosamente, para soltar mi brazo izquierdo, que solo estaba libre a partir del codo. Me era posible llevar la mano



desde el plato, puesto a mi lado, hasta la boca, pero no más allá. De haber roto las ataduras arriba del codo, hubiera tratado de detener el péndulo. ¡Pero lo mismo hubiera sido pretender contener un alud!

Vi que después de diez o doce oscilaciones el acero se pondría en contacto con mi ropa. Por primera vez en muchas horas —quizá días— me puse a pensar. El primer roce de la afiladísima media luna sobre cualquier porción de la banda bastaría para soltarla, y con ayuda de mi mano izquierda podría desatarme del todo. Pero, ¡cuán terrible, en ese caso, la proximidad del acero! ¡Cuán letal el resultado de la más leve lucha! Y luego, ¿era posible que los verdugos del torturador no hubieran previsto y prevenido esa probabilidad? ¿Cabía pensar que la atadura cruzara mi pecho en el justo lugar por donde pasaría el péndulo? Temeroso de descubrir que mi débil y, al parecer, última esperanza se frustraba, levanté la cabeza lo bastante para distinguir con claridad mi pecho. El cordón envolvía mis miembros y mi cuerpo en todas direcciones, salvo en el lugar por donde pasaría el péndulo.

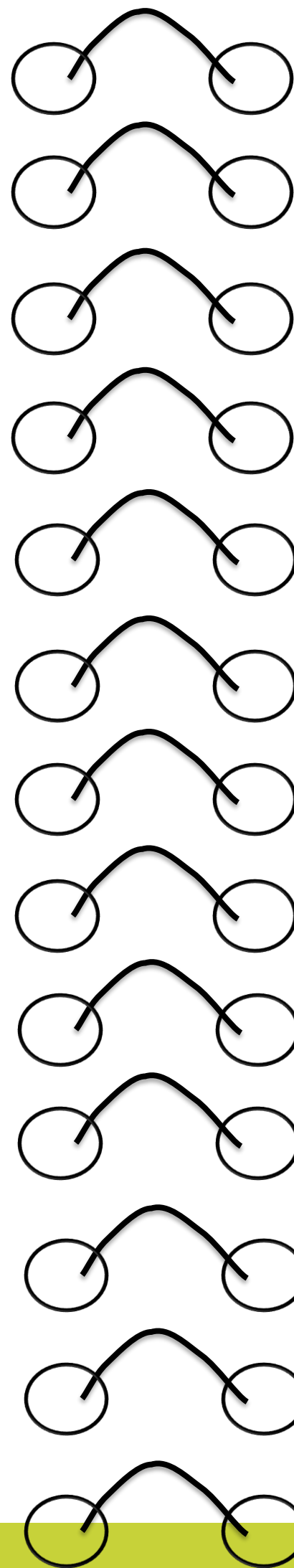
Mas ahora el pensamiento completo estaba presente, débil, apenas sensato, apenas definido... pero entero. Inmediatamente, con la nerviosa energía de la desesperación, procedí a ejecutarlo.

Durante horas y horas, cantidad de ratas habían pululado en la vecindad inmediata del armazón de madera sobre el cual me hallaba. «¿A qué alimento -pensé- las han acostumbrado en el pozo?». A pesar de todos mis esfuerzos por impedirlo, ya habían devorado el contenido del plato, salvo unas pocas sobras. Tomando los fragmentos de la aceitosa y especiada carne que quedaba en el plato, froté con ellos mis ataduras allí donde era posible alcanzarlas, y después, apartando mi mano del suelo, permanecí completamente inmóvil, conteniendo el aliento.

Los hambrientos animales se sintieron primeramente aterrados y sorprendidos por el cambio... el cese de movimiento. Al observar que seguía sin moverme, una o dos de las más atrevidas saltaron al bastidor de madera y olfatearon la cuerda. Esto fue como la señal para que todas avanzaran. Salían del pozo, corriendo en renovados contingentes. Se colgaron de la madera, corriendo por ella y saltaron a centenares sobre mi cuerpo. El acompasado movimiento del péndulo no las molestaba para nada. Se retorcían cerca de mi garganta; sus fríos hocicos buscaban mis labios. Un minuto más, sin embargo, y la lucha terminaría. Con toda claridad percibí que las ataduras se aflojaban. Pero, con una resolución que excedía lo humano, me mantuve inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos ni había sufrido tanto en vano. Por fin, sentí que estaba libre. El cordón colgaba en tiras a los lados de mi cuerpo. Pero ya el paso del péndulo alcanzaba mi pecho. Dos veces más pasó sobre mí, y un agudísimo dolor recorrió mis nervios. Pero el momento de escapar había llegado. Apenas agité la mano, mis libertadoras huyeron en tumulto. Con un movimiento regular, cauteloso, y encogiéndome todo lo posible, me deslicé, lentamente, fuera de mis ligaduras, más allá del alcance del filo acerrado. Por el momento, al menos, estaba libre.

Libre... ¡y en las garras de la Inquisición! Apenas me había apartado de aquel lecho de horror para ponerme de pie en el piso de piedra, cuando cesó el movimiento de la diabólica máquina, y la vi subir, movida por una fuerza invisible, hasta desaparecer más allá del techo. Aquello fue una lección que debí tomar desesperadamente a pecho. Indudablemente espiaban cada uno de mis movimientos. ¡Libre! Apenas si había escapado de la muerte bajo la forma de una tortura, para ser entregado a otra que sería peor aún que la misma muerte. Pensando en eso, paseé nerviosamente los ojos



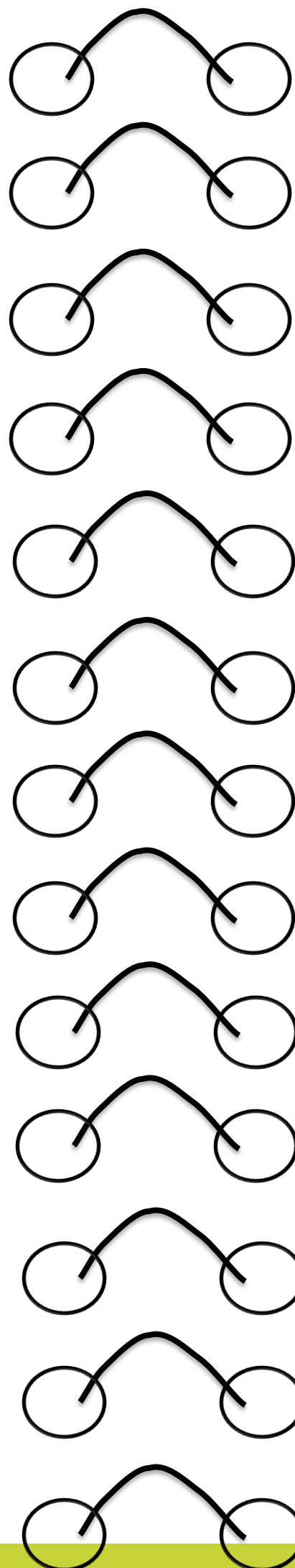
por las barreras de hierro que me encerraban. Algo insólito, un cambio que, al principio, no me fue posible apreciar claramente, se había producido en el calabozo. En estos momentos pude advertir por primera vez el origen de la sulfurosa luz que iluminaba la celda. Procedía de una grieta de media pulgada de ancho, que rodeaba por completo el calabozo al pie de las paredes, las cuales parecían -y en realidad estaban- completamente separadas del piso. A pesar de todos mis esfuerzos, me fue imposible ver nada a través de la abertura..

¡Irreal...! Al respirar llegó a mis narices el olor característico del vapor que surgía del hierro recalentado... Los sangrientos horrores representados en las paredes empezaron a ponerse rojos... Yo jadeaba, tratando de respirar. Ya no me cabía duda sobre la intención de mis torturadores. Corrí hacia el centro de la celda, alejándome del metal ardiente. Al encarar en mi pensamiento la horrible destrucción que me aguardaba, la idea de la frescura del pozo invadió mi alma como un bálsamo. Corrí hasta su borde mortal. Esforzándome, miré hacia abajo. El resplandor del ardiente techo iluminaba sus más recónditos huecos. ¡Oh, poder expresarlo! ¡Oh espanto! ¡Todo... todo menos eso! Con un alarido, salté hacia atrás y hundí mi cara en las manos, sollozando amargamente.

El calor crecía rápidamente. Un segundo cambio acababa de producirse en la celda.. La venganza de la Inquisición se aceleraba después de mi doble escapatoria. Hasta entonces mi celda había sido cuadrada. De pronto vi que dos de sus ángulos de hierro se habían vuelto agudos, y los otros dos, por consiguiente, obtusos.. En un instante el calabozo cambió su forma por la de un rombo. Pero el cambio no se detuvo allí. Podría haber pegado mi pecho a las rojas paredes. «¡La muerte!» -clamé-. «¡Cualquier muerte, menos la del pozo!» ¡Insensato! ¿Acaso no era evidente que aquellos hierros al rojo vivo tenían por objeto precipitarme en el pozo?

¿Podría acaso resistir su fuego? Y si lo resistiera, ¿cómo enfrentarme a su presión? El rombo se iba achatando más y más. Me eché hacia atrás, pero las movientes paredes me obligaban irresistiblemente a avanzar.. Cesé de luchar, pero la agonía de mi alma se expresó en un agudo, prolongado alarido final de desesperación. Sentí que me tambaleaba al borde del pozo... Desvié la mirada...

¡Y oí un discordante clamor de voces humanas! ¡Resonó poderoso un toque de trompetas! ¡Escuché un áspero chirriar semejante al de mil truenos! ¡Las terribles paredes retrocedieron! Una mano tendida sujetó mi brazo en el instante en que, desmayado, me precipitaba al abismo. Era la del general Lasalle. El ejército francés acababa de entrar en Toledo. La Inquisición estaba en poder de sus enemigos.



ACTIVIDAD N.º 3

1. Nivel literal

Verdadero o falso

- A. El general francés Lasalle fue el que salvó la vida al prisionero. ()
- B. Las ratas rompen las cuerdas que le sujetaban. ()
- C. El cántaro de agua que le daban para beber contenía un veneno. ()
- D. Al final, el prisionero evita ser aplastado por los muros lanzándose al pozo. ()

2. Nivel inferencial

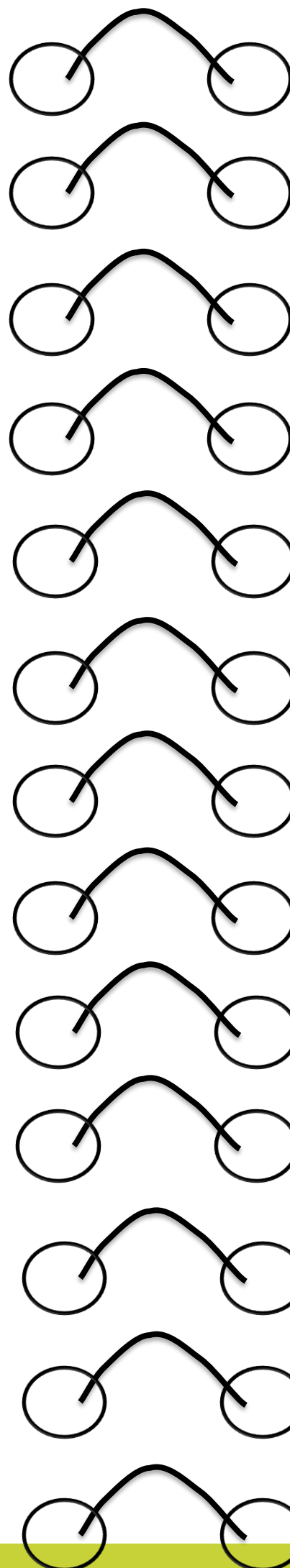
Primero fue el pozo, luego el péndulo y finalmente las paredes. ¿Cuál era la intención real de los inquisidores?

- A) Matarlo pero antes torturarlo del modo más cruel posible.
- B) Torturarlo cada vez más cruelmente a fin de que se arrepienta de sus pecados.
- C) Redimirlo a través de la tortura y otorgarle el perdón.
- D) Matarlo de cualquier forma sin considerar el grado de crueldad.

3. Nivel crítico

El prisionero definitivamente debe morir...

- A) pues lo dejaron escapar de todas y cada una de las trampas.
- B) pues cada tortura tenía el objetivo indefectible de matarlo al final.
- C) aun cuando su tortura no fuera tan sádica como se tenía pensado al principio.
- D) porque ese era un objetivo casi tan importante como el torturarlo.



4. Nivel creativo

Escribe un final distinto para este cuento, uno en donde no aparezca Lasalle.

5. Fortalecimiento personal

Se le da una oportunidad al prisionero para salvar su vida y ser exonerado de su castigo. Eres elegido para negociar su liberación. ¿Cuáles serían tus argumentos?
